

CUARTAS JORNADAS DE SOCIOLOGÍA DE LA UNLP
LA ARGENTINA DE LA CRISIS
Desigualdad social, movimientos sociales, política e instituciones
23, 24 y 25 de noviembre de 2005
Universidad Nacional de La Plata
Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación
MESA 33
La sociedad en red
Bibliotecas, archivos y redes de información

Las bibliotecas y los saberes

Gerardo Javier Fittipaldi
Facultad de Humanidades (UNLP)
Bibliotecario Documentalista
ger@argentina.com
Dir.: 22 n° 786. La Plata

Luciana Noguez Sörensen
Universidad Nacional de Quilmes - Biblioteca
Bibliotecaria Documentalista
lnsorensen@unq.edu.ar
Dir.: 39 y 10 n° 749 La Plata

Resumen:

El presente escrito es una reflexión sobre el papel que puede tener una biblioteca en la construcción de los saberes científicos, a partir de la disposición física o simbólica con que se ordenan los documentos que guarda.

Muy lejos de considerar como neutral o natural las herramientas que utilizan las bibliotecas y los bibliotecarios para guardar los materiales bibliográficos, se tratará de demostrar que las mismas constituyen condiciones de posibilidad históricas para la construcción de distintos saberes.

Además, se intentará discutir y llamar la atención sobre el hecho de que la práctica teórica en la bibliotecología esté hegemonícamente dirigida o condicionada a solucionar problemas prácticos o a convertirse en saber técnico o instrumental. El bibliotecario no es solo un técnico más, ni la biblioteca el *lugar neutral* donde se deposita tranquilamente *cualquier* saber. Por el contrario, es necesario pensar en las

bibliotecas como un espacio histórico de dispersión, ordenamiento y constitución de los discursos.

El punto de partida para realizar el siguiente análisis y las reflexiones que a él seguirán es un texto, un tanto desconocido, de M. Foucault, llamado *La biblioteca fantástica*.

Ante todo, una advertencia preliminar. Esta presentación no es más que una primera reflexión o aproximación a un problema que recién hemos comenzado a indagar y que tenemos pensado continuar a partir del *análisis crítico* de los materiales que utilizan las bibliotecas para organizar los saberes en sus catálogos y en sus estanterías, además de investigar las formas de interpretar o de usar dicho materiales por parte de quienes son sus principales usuarios: los bibliotecarios. Esta última cuestión merecería, claro está, realizar un trabajo probablemente empírico con entrevistas y observaciones cualitativas en distintas bibliotecas, observando las distancias entre lo que dicen las normas o los sistemas de catalogación y clasificación, y lo que hacen o dicen los propios bibliotecarios.

Hecha la advertencia y sin que ya puedan sorprenderse si encuentran a este texto lleno de agujeros teóricos donde se puedan meter para hacer las objeciones que quieran, comencemos con una pregunta inicial ¿Son las biblioteca simplemente el *lugar neutral* donde cualquier saber, cualquier libro o documento, puede encontrar su sitio y depositarse tranquilamente para posteriormente ser recuperado? ¿O hay que pensarla, sobre todo, como un espacio de *distribución y producción* de los discurso escritos, un

lugar activo de constitución de identidades individuales, colectivas y disciplinares donde los sujetos y sus saberes constituyen identidades y diferencias?

Como bibliotecarios, creemos que comenzar a plantearnos seriamente el problema de las determinaciones, influencias o efectos que puedan tener las *normas* y demás sistemas –informáticos o no- que utilizamos para organizar los materiales documentales, sobre las configuraciones de los saberes o de los conocimientos científicos -normas que por lo general no nos interrogamos sino que utilizamos o aplicamos-, nos puede permitir posicionarnos académicamente en un lugar superador respecto de la imagen de meros técnicos u auxiliares de la información con la que generalmente se nos identifica. Además de que constituye, probablemente una no muy explorada que creemos vale la pena investigar.

Por otra parte, para los profesionales de otras disciplinas que se acercan a una biblioteca y se encuentran, por lo general, con un orden establecido –tipo caja negra- del cuál no solo desconocen sus principios o razones, sino también sus efectos, un trabajo de este tipo quizás les pueda ayudar a entender mejor la historia de su disciplina, su constitución actual y el modo en que la misma depende de cierta organización del saber acumulado en forma de libros u otros documentos.

Recién decíamos *análisis crítico* sin precisar el sentido con que pretendemos usar dicho término: para no remontarnos a toda una tradición de las ciencias sociales y de la filosofía que explica dicho concepto, vamos a decir simplemente aquí, que entendemos por tal un cierto trabajo intelectual que consiste en *sacar, explicitar* o hacer visibles los supuestos e intereses que están debajo de prácticas y procedimientos estandarizados y

que los sujetos realizan cotidianamente viviéndolos como normales, naturales y, por tanto, incuestionables.

Asumir esta perspectiva crítica creemos que se vuelve aún más urgente, si consideramos que la bibliotecología es hoy en día una de las disciplinas que más expuesta está a los constantes avatares de la informática y de las nuevas tecnologías, y donde el conocimiento y la investigación se valida, sobre todo, a partir de su eficacia, su aplicación y su transformación en nueva tecnología.

Los bibliotecarios corremos el riesgo, por esta exposición, de transformarnos en meros receptores técnicos o auxiliares de la informática, por ejemplo, si recogemos acríticamente lo que se nos presenta como nuevo y superador, es decir, si no somos capaces de contar con herramientas teórico e históricas que nos permitan evaluar nuestras decisiones y futuras acciones más allá de la mera instrumentalidad de medios para obtener objetivos concretos. Hasta ahora, un mapa de la investigación en bibliotecología y documentación parece seguir mostrando, como señaló López-Cózar, la hegemonía de la investigación de “naturaleza aplicada, orientada a la solución de los problemas planteados en el interior de la institución bibliotecológica. Las actividades desplegadas por la biblioteca (servicios) y las técnicas desarrolladas por la práctica profesional (almacenamiento y recuperación) son los temas preferentemente investigados, los que más interés despiertan tanto en profesionales como en investigadores. Por tanto, puede decirse que la investigación no se ha separado un ápice de la profesión. Solo en los países en los que el grado de institucionalización social está más desarrollado, se está abriendo una tendencia a hacer una investigación más general, dirigida a la búsqueda de los principios y leyes que gobiernan el flujo informativo que

subyace al fenómeno bibliotecario. Pero, hoy en día, puede decirse que la investigación en ByD sigue dominada por un paradigma profesionalista.”¹

Quizás otra de las razones por las cuales no interroguemos la relación entre el orden de las bibliotecas y el orden o la posibilidad de ciertos saberes, se encuentre en la separación que hicieron las epistemologías clásicas o lógico-formalistas para explicar la historia de las ciencias, en *contexto de justificación* y *contexto de descubrimiento*.

Dichas epistemologías otorgaron al contexto de justificación todo el poder o el peso explicativo sobre la racionalidad y el progreso de la ciencia. Hicieron abstracción de las prácticas sociales e históricas que estaban en la base de la empresa científica y redujeron a ésta a mero conocimiento científico (Esther Díaz. La Posciencia). A los intereses, los valores y las prácticas de los individuos concretos se les otorgó un lugar marginal, si no nulo en la explicación del cambio científico.

Sin embargo, como mostraron las obras de importantes autores como M. Foucault o T. Kuhn el contexto de justificación no estaba separado del contexto de descubrimiento de un modo absoluto, es más, había una relación indisoluble y permanentes intercambios entre los discursos y prácticas no discursivas, entre el conocimiento científico y el poder: conformando dos caras de una misma moneda: la empresa científica.

Así, según Foucault, el orden con el que a fines del siglo XVII se reorganizaron las bibliotecas europeas, y la conservación, cada vez más completa, de lo escrito, la instauración de archivos, su clasificación, el establecimiento de catálogos, de registros,

¹ López-Cózar, Emilio Delgado. *La investigación en biblioteconomía y documentación*. Asturias: España, Trea, 2002.

de inventarios, es del mismo tipo que el que se estableció entre los vivientes, y que dio lugar a una disciplina como la Historia Natural.

Y agrega, que es en este orden que se introduce en las bibliotecas, “en este tiempo clasificado, en este devenir cuadrulado y espacializado donde los historiadores del siglo XIX emprenderán la tarea de escribir una [nueva] historia ...” Es decir, lo que hizo posible la *historia moderna*, así como otras tantas disciplinas contemporáneas, fue mucho “más que una nueva sensibilidad con respecto al tiempo, a su pasado, al espesor de la historia”, [es] la introducción en el lenguaje ya depositado y en las huellas que ha dejado de [este] nuevo orden” (Pág. 132)

Dicho con otras palabras, la superficie sobre la cual se depositan los libros en una época, es la misma, en términos de episteme, que determina los objetos de las ciencias naturales o de las ciencias humanas.

Podemos entonces suponer, que el orden con el que se presentan y organizan los libros en las bibliotecas con sus catálogos excede la simple necesidad de disponer de ellos, como habitualmente se dice, para su correcta ubicación y posterior recuperación; es un orden al que también están sujetos las determinaciones y posibilidades de ciertos saberes y, seguramente, las imposibilidades de otros. Es un orden que crea y favorece ciertos encuentros entre los lectores y los autores u obras, ciertas posibilidades o circuitos de trabajo y de lectura; es un orden que podría despertar ciertas inquietudes y oscurecer otras.

Parafraseando unas líneas de la conferencia de Cristina Di Gregori, en las Jornadas Conmemorativas del 50 Aniversario de Carrera de Bibliotecología: así como los esquemas conceptuales y las categorías que utilizan los científicos sociales para

describir el comportamiento o la vida de los sujetos afectan a aquellos que caen dentro de dichos marcos teóricos de comprensión, las que utilizamos en las bibliotecas para identificar y describir los documentos no son meros intermediarios entre los sujetos y los libros. Son más bien una pieza clave en la constitución de esos objetos. Cada esquema de clasificación y, dentro del mismo, cada categoría, lleva consigo una cierta carga de intereses, de supuestos y de valores implícitos que lo transforma en algo más que un mero instrumento de representación neutral de los documentos y sus contenidos. Como dice Di Gregori, si “...en la propuesta tradicional², las categorías eran consideradas como ahistóricas, universales y estáticas... desde la perspectiva de los nuevos desarrollos, o al menos en alguno de ellos, los procesos clasificatorios son básicamente dinámicos, vale decir que son procesos de corte histórico: cada categoría es susceptible de reconstrucción histórica, cada clase tiene un surgimiento y una trayectoria temporal definida.”

Si, por otra parte, consideramos que una buena parte del tiempo que dedica un investigador a su trabajo transcurre en el espacio de una biblioteca en contacto con libros u otros documentos, no nos parece una cuestión menor investigar *la relación* entre el orden que habita las bibliotecas, a partir de las normas y formatos que utilizan para realizar el procesamiento técnico de los documentos, y las prácticas del investigador. De este modo, incluso aquello que por lo general se atribuye a la creatividad individual, a la genialidad, a la invención o fantasía de un autor, podría

² La autora se refiere a la teoría clásica de las categorías que en la filosofía se encuentra en Aristóteles y Kant, entre otros. “En términos generales, puede decirse que la denominada teoría clásica de las categorías sostiene básicamente que: a) existen clases naturales con límites precisos, b) que todos los seres humanos usamos el mismo sistema categorizador o, dicho en términos más actuales, todos usamos el mismo sistema conceptual, c) que el significado supone un modelo referencial, d) que hay un modelo de racionalidad universal. Por otra parte, también se sostiene que todos los miembros de una clase tiene al menos una propiedad en común, que un elemento pertenece taxativamente a una clase o no.

explicarse a partir de aquella oscura relación. Tomemos, por ejemplo, un texto bastante desconocido y poco comentado de M. Foucault.

Publicado en *Dichos y Escrito* bajo el título *La biblioteca Fantástica*, Foucault realiza un análisis filosófico o literario del libro de Gustave Flaubert *La tentación de San Antonio*. Comienza diciendo que Flaubert escribió y reescribió ese libro en varias oportunidades y que lo acompañó, de ese modo, durante aproximadamente veinticinco o treinta años en su vida. Luego nos recuerda algunas de las lecturas que se hicieron de aquel libro: leído como protocolo de un delirio arbitrario, fastidió a sus primeros lectores que veían allí un “monótono desfile de figuras grotescas”. Otras lecturas, en cambio, estaban encantadas con la imaginación de Flaubert, “...‘con la riqueza de la visión’ (Coopé), ‘de esta floresta de sombras y de claridad’ (Hugo), del ‘Mecanismo de la alucinación’ (Taine).” Incluso Flaubert para explicar su creación, “invoca la locura, lo fantástico; siente que trabaja sobre la abatida floresta del sueño”. Dice Flaubert: “‘Paso las tardes con los postigos cerrados, las cortinas bajas y sin camisa, en traje de carpintero. ¡Doy voces! ¡Sudo! ¡Es maravilloso! Hay momentos que decididamente sobrepasan el delirio’. Y en el momento en que el trabajo llega a su fin Flaubert confiesa haberse arrojado ‘con furia sobre San Antonio llegando a experimentar una exaltación espantosa... Nunca había llegado a estar tan ilusionado’”.

A continuación Foucault nos desanda respecto de aquellas lecturas y de la confesión del propio Flaubert, que nos hacían pensar en un proceso mágico o místico de la creación. Dice: “en materia de sueños y delirios, se sabe ahora que *La Tentación* es un monumento de saber exhaustivo”, y Flaubert para poder componer ese libro leyó, consultó, evocó y saqueó figuras e imágenes de una gran cantidad de obras, que aquí no

vamos a citar. Si Flaubert experimentó él mismo “como vivacidad de una imaginación delirante lo que pertenecía de una manera evidente al rigor del saber” es, dice Foucault porque Flaubert [y cito un largo párrafo] estaba “...lanzando allí a la experiencia de un fantástico singularmente moderno. Es que el siglo XIX ha descubierto un espacio de la imaginación cuyo poder, sin duda alguna, no había sido intuido por el período precedente. Este nuevo lugar de los fantasmas no es ya la noche, el sueño de la razón, el incierto vacío abierto ante el deseo: es por el contrario la vigilia, la aplicación infatigable, el celo erudito, la atención acechante. Lo fantástico puede nacer de la superficie negra y blanca de los signos impresos, del volumen cerrado y polvoriento que se abre con un revuelo de palabras olvidadas; se despliega cuidadosamente en la biblioteca enmudecida, con sus columnas de libros, sus títulos alineados y sus estantes que la limitan por todas partes pero que se abren, por el otro lado, sobre mundos imposibles. Lo imaginario se aloja entre el libro y la lámpara. Lo fantástico ya no se lleva más en el corazón: no se lo acecha tampoco en las incongruencias de la naturaleza; se lo extrae de la exactitud del saber; su riqueza se halla virtual en el documento. Para soñar, no hay que cerrar los ojos, hay que leer. La verdadera imagen es conocimiento. Son las palabras ya dichas, las recensiones exactas, las sumas de informaciones minúsculas, de ínfimas parcelas de monumentos y de reproducciones de reproducciones las que llevan en una tal experiencia los poderes de lo imposible. [...] Lo imaginario no se constituye contra lo real para negarlo o compensarlo; se extiende entre los signos, de libro a libro, en el intersticio de las reiteraciones y los comentarios; nace y se forma en el intervalo de los textos. **Es un fenómeno de biblioteca.**”

Y luego, más adelante Foucault se pregunta “¿será La Tentación la primer obra literaria que tiene en cuenta aquellas instituciones grises donde los libros se acumulan y donde crece dulcemente la lenta, la inequívoca vegetación del saber? Flaubert es a la

biblioteca los que Manet al museo. Ellos escriben, pintan en una *relación fundamental* con lo que fue pintado, escrito o más bien con aquello que en la pintura y la escritura permanece infinitamente *abierto*. Su arte se edifica donde se forma el archivo.”

Y quizás hoy en día, en esta actualidad que llamamos sociedad de la información, donde la información se produce y consume instantáneamente y es registrado o archivado una inmensa masa de información, sea necesario describir y plantear de nuevo esa *relación fundamental* entre los textos, los dispositivos que los organizan y la actividad de los lectores, entre la escritura y la imaginación, en ese *espacio abierto* o en ese intersticio por donde podrán circular y aparecer nuevos conocimientos. Como dice Roger Chartier en *El orden de los libros*:

“...ninguno de estos dispositivos [sea la imprenta, sea el inventariado, sea la catalogación o la clasificación, sea la invención del autor como principio fundamental de designación de textos, o la digitalización creciente de los textos y su circulación por Internet, etc.] ha tenido [o tendrá] el poder de anular la libertad de los lectores. Aunque limitada por las competencias y las convenciones, esta libertad transgrede y reformula las significaciones que intentan reducirlas. La relación entre las normas y la posibilidad de violarlas [finaliza el autor] no es siempre la misma, en todas partes y para todos. Reconocer sus diversas modalidades, sus variaciones múltiples, es el objeto primero de esta obra, escrita en vísperas de un tiempo en el que el orden de los libros podría ser nuevamente trastornado”.

Bibliografía

- Chartier, Roger. *El orden de los libros: Lectores, autores, bibliotecas en Europa entre los siglos XIV y XVIII*. Barcelona (España), Gedisa, 1994.
- Di Gregori. M. C. *El universo de las clasificaciones. Una perspectiva filosófica*. Publicado en *Palabra Clave*. Edición Especial. La Bibliotecología en los umbrales del siglo XXI. Actas de las Jornadas conmemorativas del 50º aniversario de la carrera de Bibliotecología. Revista del Departamento de Bibliotecología de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. UNLP. La Plata, 13 al 17 de setiembre de 1999.
- Foucault, Michel. *La tentación de San Antonio*. Texto publicado primero como post-facio a una versión alemana de La tentación de San Antonio de Flaubert, y luego como prólogo a la edición de Gallimard, 1967, y de *Le livre de poche*, 1971. Traducción de Ricardo Cano Gaviria.
- Foucault, Michel. *Las Palabras y las Cosas: una arqueología de las ciencias humanas*. Madrid (España), Siglo XXI, 1998.
- Díaz, Esther. *Investigación básica, tecnología y sociedad*. Pág. 63-80. En Díaz Esther (comp.) *La Posciencia: el conocimiento científico en las postrimerías de la modernidad*. Buenos Aires (Argentina), Biblio, 2000.
- López-Cózar, Emilio Delgado. *La investigación en biblioteconomía y documentación*. Asturias (España), Trea, 2002.